

IBN PAQÛDA: UN MODELO DE ESPIRITUALIDAD

Por JOAQUÍN LOMBA
Catedrático Emérito
Universidad de Zaragoza

En 1993 mi gran y entrañable amigo, el Prof. Ramiro Flórez, leyó mi primera versión al español del libro de Ibn Paqûda, *Los deberes de los corazones*. La belleza, novedad en el mundo de la espiritualidad, la profundidad del tratamiento de los temas, le llamó tanto la atención que decidió imprimirlo en las prensas de la Fundación Universitaria Española, la cual rinde con este volumen un merecido homenaje a este insigne maestro. La traducción vio la luz pública al año siguiente con el título *Ibn Paqûda. Los deberes de los corazones*¹. Por ello, quiero contribuir con todo mi entusiasmo y feliz memoria a este homenaje con este tema, uno de los muchos que nos unía.

La obra de Ibn Paqûda, escrita en árabe con el título *Kitâb al-hidâya 'ilâ farâ'id al qulûb*,² hacia el año 1080, adquirió pronto una importancia insólita, siendo un libro de lectura habitual entre las comunidades judías incluso en nuestros días. Como dice André Chouraqui, en el estudio introductorio a su versión francesa:

«La influencia del pensamiento de Bahya ibn Paqûda es tal, que desbordó rápidamente los círculos intelectuales propios para extenderse a

¹ *Ibn Paqûda. Los deberes de los corazones*, Introducción, traducción y notas de J. Lomba, F.u.E. Madrid 1994.

² Edición de: Yahuda, *Al-hidaja ilâ fara'id al-qulûb des Bachja ibn Yosef ibn Paqûda aus andalusien im arabischen Urtext zum ersten Male nach der Oxforder und Pariser Handschrift sowie den Petersburger Fragmenten*, E.J. Brill, Leiden, 1912. La transcripción que hago de las palabras árabes y hebreas no es la empleada habitualmente por los arabistas y hebraístas españoles, que en la que uso en otros trabajos, sino otra simplificada para mayor comodidad de impresión y de los lectores no especializados en el la cultura árabe y hebrea.

las grandes masas de judíos. Este autor, que, a diferencia de los más célebres teólogos de la Sinagoga (como Maimónides) no levantará jamás contradicción alguna en Israel, este autor conoció el raro privilegio de ser traducido desde comienzos del s. XVII a todas las lenguas habladas en el interior de las comunidades judías: al español, portugués, italiano, judeo-alemán, judeo-árabe, judeo-español (ladino), así como al latín e inglés. *Hobôt ha-lebabôt*, o *Los deberes de los corazones*, llega a ser así la obra de teología sistemática que informó por excelencia la espiritualidad de los judíos piadosos. La historia del camino de su influencia está todavía por escribir».³

La primera versión del libro al hebreo la hizo Yehûdah ibn Tibbon entre 1161 y 1180 dándole el título de *Sefer hobôt ha-lebabôt*.⁴ Y, basadas en estas dos versiones, árabe y hebrea, las ediciones impresas que se han hecho desde la primera de Nápoles en 1489 pasa las doscientas.

Casi nada se sabe de la vida de su autor. Nació, como queda dicho, en Zaragoza, la entonces llamada Saraqusta, capital de la «Frontera Superior», al-thagr al-a`là,⁵ la cual, en aquellos momentos constituía uno de los más importantes Reinos de Taifas, tras la caída del Califato, y cuna de una muy brillante cultura científica y filosófica, sobre todo.⁶ Al parecer fue «dayyan» o juez de la comunidad judía de la ciudad y se le llamó «ha-zaqen», el anciano y ha-hasîd», el moralista, lo cual concuerda con el contenido de la obra.

Esta (que en su versión española tienen una extensión de 341 páginas) consta de un proemio, diez capítulos, unos versos acrósticos finales con el nombre del autor que recapitulan todo el contenido del libro y dos oraciones finales llamadas en hebreo «Tôkehâh» (Reprensión) y «Baq-qâshâ» (Súplica).

El Proemio lo dedica al contenido que va a exponer y al plan de la obra. Y los diez capítulos, divididos a su vez en artículos (cuyo número y extensión varía según los capítulos) los consagra a los siguientes temas:

³ A.CHOURAQUI, *Introduction aux devoirs des coeurs*, París, 1950, p. LIII.

⁴ Edición de: Hyamson, M., *Duties of the Heart by Bachya ben Josepf ibn Paqûda, traslated from the Arabic into Hebrew by Jehuda ibn Tibbon*, Jerusalem-New York, Feldheim Publishers, 1970.

⁵ Las otras dos Fronteras colindantes con los reinos cristianos de la Península Ibérica eran La Frontera Media, con capital en Toledo, y la Inferior, con capital en Mérida.

⁶ Ver: M^a. J. VIGUERA, *El Islam en Aragón*, C.A.I., Zaragoza, 1995; J. LOMBA, *La filosofía islámica en Zaragoza*, Zaragoza, 2^a ed., Diputación General de Aragón, 1991; Id. *La filosofía judía en Zaragoza*, Zaragoza, 1988; Id. *El Ebro puente de Europa. Pensamiento musulmán y judío*, Zaragoza, Mira Editores, 2002.

Primero, a probar la existencia de Dios y su Unidad; segundo, dada la incognoscibilidad de Dios, la necesidad que hay de vislumbrarlo a través de las maravillas de la creación; tercero, sobre la obligación de someternos a Dios; cuarto, de la manera como debemos abandonarnos en manos de Dios; quinto, la pureza de intención que debemos tener en nuestra relación con Dios; sexto, sobre la humildad que hemos de practicar; séptimo, acerca del arrepentimiento de nuestras faltas; octavo, exposición de las treinta maneras que hay de examinar nuestras conciencias; noveno, sobre la ascética; décimo, acerca del puro amor a Dios.

El libro está escrito en su integridad en árabe, como se ha dicho, salvo los versos y oraciones finales y las citas de la Biblia y del Talmud, que están en hebreo. Por otro lado, la exposición está adornada con numerosas anécdotas, historias y leyendas morales, algunas de ellas de excelente calidad estética y pedagógica con que ilustra sus enseñanzas a la vez que hacen sumamente amena la lectura.

Un ejemplo de estas anécdotas, tomado al azar entre los muchísimos que se podrían aducir, se refiere tal vez a Jesús, inspirado probablemente en algún evangelio apócrifo y que luego tendrá en la literatura cristiana amplia difusión:

«Se cuenta de un santo que se cruzó en un camino con el cadáver putrefacto y maloliente de un perro. Y uno de sus discípulos que estaba presente dijo: «¡Qué olor más malo tiene esta carroña! ». El santo le contestó: «Pero tiene los dientes blancos ». Los discípulos se pusieron serios al oír esta respuesta y se arrepintieron de haber hablado mal de aquel cadáver. Por tanto, si es reprobable el hablar mal del cadáver de un perro muerto, con mayor razón lo será hacerlo con el ser humano que es un ser vivo. Y si es bueno alabar el cadáver de un perro porque tiene los dientes blancos, con mayor razón será necesario elogiar al hombre que tiene capacidad de comprender y entender. Lo único que había pretendido el santo, al reprender así a sus discípulos, era que no se acostumbraran sus lenguas a hablar mal, convirtiéndose esto en algo natural, sino que, por el contrario, se habituasen en sus conversaciones a hablar bien de los demás, hasta que llegase a convertirse esto en una segunda naturaleza y en algo automático».⁷

El rastreo de estas narraciones constituye un tema apasionante y de tal envergadura que excede los límites de este ensayo, pues se encuentran

⁷ *Los deberes de los corazones*, p. 213.

algunas de procedencia griega, judía, árabe, persa, hindú que, a su vez, luego serán recogidas por toda la cuentística y literatura moral cristiana posterior.

Una pregunta que se plantea es la de cómo calificar a esta obra. George Vajda la ha llamado «Teología ascética».⁸ Otros, la ven como una obra ascético-mística y finalmente algunos la incluyen entre los tratados de filosofía. Y, cierto, el primer capítulo es plenamente filosófico pues, por medio de pruebas estrictamente racionales (con un uso muy acertado y riguroso de la lógica aristotélica) demuestra la existencia de Dios y de su Unidad haciendo un minucioso análisis de esta última. Ello, aparte del uso de la razón que hace, tal como veremos pronto. Pero por el contenido de la obra, bien se ve que se trata de un libro de ascética y de moral que, al terminar, culmina con un canto encendido al amor a Dios, lo cual le ha merecido se le califique de místico y que incluso se le haya considerado como uno de los predecesores de la cábala. Sin embargo, no cabe que a Ibn Paqûda se le llame místico en su pleno sentido de la palabra, pese a que subraye de modo muy marcado el tema del amor divino. A lo más que puede llegarse es a ver en él un hombre que señala un camino que puede acabar en un final de unión mística. En todo caso, habida cuenta que trata de todos los temas dichos: el filosófico, el moral, el ascético y el del amor a Dios, no estará de más oír sus propias palabras a la hora de decidir el método que empleó al escribir su libro; las cuales palabras, por otro lado, justifican en gran medida el calificativo de «teología ascética» que Vajda le da:

«Opté por el método de la exhortación, dirección y orientación, usando palabras claras, familiares y corrientes, a fin de que se entendiese fácilmente, tanto el contenido como la explicación de lo que pretendía exponer [...]. Eso sí, utilicé argumentos persuasivos, esos argumentos de los que se fía el alma, de acuerdo con el método de la teología. Como dice el Filósofo: “No nos conviene demostrar todas las cuestiones con argumentos, pues no todos los problemas que se plantean a nuestra mente son puramente racionales [...]”. Así, puesto que este libro mío pertenece a la teología [ilm illâhî], me he guardado de usar en él todo tipo de argumentos que van por el camino de las reglas de la lógica y de las matemáticas, salvo en el capítulo primero en el que tal vez me vi obligado a este tipo de argumentos por la sutileza de las cuestiones que planteo. He sacado en mi libro la mayor parte de mis demostraciones

⁸G. VAJDA, *La teología ascética de Bahya ibn Paqûda*, Madrid, 1950.

del simple uso de la razón, haciéndolas más asequibles a base de comparaciones sencillas que no ofrecen ninguna duda por su claridad y verdad. Además, he dotado a mi escrito de las citas de los Profetas y de los antiguos, de los textos de nuestros antepasados que nos ha transmitido la Tradición y de los varones perfectos y sabios de cualquier tipo que fueran de los que tenemos noticias».⁹

En todo caso, se nos plantean varias cuestiones que creo revelan la gran importancia de esta obra. La primera es lo que significa dentro del mundo judío y, en general, de la historia de la espiritualidad. En efecto, hasta Ibn Paqûda, la moral judía se había basado exclusivamente en las normas dadas por la Torá, por el Pentateuco y la Tradición, y que incluso se habían sintetizado en aquellos 613 preceptos (248 positivos y 365 prohibitivos) expuestos, entre otros por Ibn Gabirol en forma poética en su libro *Azharôt, Exhortación*. No se había hecho ninguna construcción moral sistemática que procediendo racionalmente se pudiera deducir todo un conjunto de normas y preceptos morales. Únicamente Sa`adia Gaón, egipcio del s. IX-X, en su *Libro de las creencias y dogmas* insinúa de pasada una breve reflexión en este sentido al hablar del amor, de la aversión y del discernimientos innatos que existen en el hombre y que son como fuentes de la vida moral. Pero ahí se quedó el intento no siguiendo más adelante.

Sin embargo el primer paso serio en este sentido, se dio en al-Andalus y, concretamente en el Reino de Taifas de Zaragoza, con tres libros. Dos, de Ibn Gabirol, titulados *Mujtâr al-yawâhir, Selección de perlas*,¹⁰ y otro, sobre todo, *Kitâb islâh al-ajlâq, Libro de la corrección de los caracteres*.¹¹ El primero es un conjunto de 652 sentencias y consejos práctico morales, divididos en 64 capítulos dados por un sabio a su discípulo. La obra, por tanto, intenta construir una moral empírica. La obra de Ibn Gabirol tendrá una continuadora en el s. XII, también en el Reino de Taifas de Zaragoza, en manos de otro judío, éste convertido al cristianismo, Pedro Alfonso, en su *Disciplina clericalis*.¹²

⁹ *Los deberes de los corazones*, p. 19

¹⁰ *Selomó ibn Gabirol, Selección de perlas. Mibhar a Penînîm*. Introducción, traducción al castellano y notas por David Gonzalo Maeso, Barcelona, Ameller, 1977.

¹¹ *Ibn Gabirol. La corrección de los caracteres*. Introducción, traducción y notas de Joaquín Lomba, Prensas de la Universidad de Zaragoza, Zaragoza, 1990.

¹² *Pedro Alfonso. Disciplina clericalis*. Introducción y notas de María Jesús Lacarra, traducción de Esperanza Ducay, Zaragoza, Nueva Biblioteca de Autores Aragoneses, 1980.

Pero, en cambio, más interesante para el objetivo que pretendo exponer aquí es el segundo de Ibn Gabirol, *Kitâb islâh al-ajlâq*, *Libro de la corrección de los caracteres*, compuesto (como dice en el proemio) en Zaragoza, en 1045. En él su autor deduce todas las virtudes y vicios posibles de la combinación de los cuatro elementos (tierra, agua, aire y fuego), de las cuatro cualidades cósmicas (seco, húmedo, caliente y frío), de los cuatro humores (bilis amarilla, bilis negra, flema y sangre) y de los cinco sentidos del hombre (vista, oído, tacto, gusto, olfato). De este modo, distribuye la obra en cinco partes (correspondientes a los cinco sentidos) cada una de las cuales se divide en cuatro capítulos dedicados a los diversos vicios y virtudes que se derivan de los factores dichos.

Pero, en este sentido, la obra más decisiva y de mayor peso es la de Ibn Paqûda. En efecto, la intención y propósito de la misma es bien claro: deducir de modo racional toda la arquitectura de la vida religiosa, a partir del primer fundamento, el de la existencia de Dios, del que solamente podemos predicar de forma positiva tres atributos esenciales: el de su Existencia, el de su Eternidad y el de que es Uno, quedando todos los demás que se hallan en la Escritura para que se interpreten por el método de la teología negativa o bien metafóricamente para uso del vulgo que no alcanza más allá de las imágenes sensibles. De este principio y fundamento, se van deduciendo todos los demás capítulos del libro que antes mencioné, de modo deliberadamente concatenado, puesto que, al comienzo de cada uno, inicia la exposición empalmándola lógicamente con el anterior.

En este sentido, recuerda mucho la estructura de los *Ejercicios* de San Ignacio de Loyola que también parten del llamado «Principio y fundamento» centrado en la existencia de un Dios Creador a partir de lo cual se desprende la sumisión del hombre para con El y la indiferencia que se ha de tener ante toda creatura. Indiferencia, por cierto que si en San Ignacio viene formulada en estos términos:

«que no queramos de nuestra parte más salud que enfermedad, riqueza que pobreza, honor que deshonor, vida larga que corta, y por consiguiente en todo lo demás; solamente deseando y eligiendo lo que más nos conduce para el fin que somos criados».

En Ibn Paqûda ¿casualmente? se expresa diciendo que hay que:

«elegir la pobreza sobre la riqueza, la enfermedad a la salud, la desgracia al bienestar; el entregarse totalmente a los decretos de Dios, contentándose con lo que El quiere».¹³

Que no en vano los dos autores, cada uno en su contexto, se enmarca en un racionalismo muy concreto. Ignacio de Loyola, en vísperas de un racionalismo cartesiano que la Iglesia habría de incorporar en forma de una espiritualidad de corte ascético, centrada en la meditación racional, frente a la tradición mística y a la contemplación infusa y adquirida cuyas máximas cabezas habrían de ser Santa Teresa y San Juan de la Cruz. Ibn Paqûda, por su parte, milita en esta especie de racionalismo mitigado en un momento en que Aristóteles y su lógica irrumpían en el mundo musulmán y judío para culminar pronto en Averroes y Maimónides.¹⁴

Porque es claro, Ibn Paqûda, lo mismo que Ibn Gabirol, profesan un culto muy especial a la razón. Dice el primero:

«El don más noble con que ha regalado Dios a los seres racionales, después de haberles dotado de unas cualidades con las cuales se perfeccionase su discernimiento y completase su capacidad de comprensión es la ciencia, la cual es vida para los corazones de los hombres y lámpara para sus entendimientos, sirviéndoles ésta de guía para tener satisfecho al señor, sea ensalzado y honrado, y para protegerse de su cólera tanto en este mundo como en la otra vida».¹⁵

Y más adelante, insiste en las excelencias y ventajas que el hombre puede obtener de la razón:

«En cuanto a la cualidad que nos ha tocado en suerte y que se refiere a la razón, digo que son muchas sus ventajas, por cuanto con ella podemos demostrar que tenemos un Creador, Sabio, Único, Señor, Inmutable, Eterno, Poderoso, al que no rodea ni tiempo ni lugar alguno, que está por encima de las cualidades creadas y más allá de la imaginación de cualquier ser, que es Misericordioso, Noble, Liberal, al cual nada se puede comparar ni El puede ser comparado con nada. También sabemos que la sabiduría, poder y misericordia de Dios están inundando el mundo y que, por lo tanto, estamos obligados a obedecerle y a servirle, pues

¹³ *Los deberes de los corazones*, p. 167.

¹⁴ Puede verse una comparación entre Ibn Paqûda e Ignacio de Loyola en J. LOMBA, «Dos tesoros de la espiritualidad del pasado: Ibn Paqûda e Ignacio de Loyola» en *Humanismo para el siglo XXI*. Ed. María Luisa Amigo, Bilbao, Universidad de Deusto, 2003, pp. 471-477.

¹⁵ *Los deberes de los corazones*, p. 3

Dios es digno de ello tanto por sus beneficios generales como especiales. Por la razón también se nos aclara el Libro verdadero de Dios por el que se reveló a su Enviado, la paz sea con él, el cual nos explicó a Dios mediante esta Escritura etc. etc.».¹⁶

Es que, sobre todo, los que Ibn Paqûda llama «los deberes de los corazones» —luego aclararé este concepto—, los fundamenta en tres principios, a saber: la Razón, la Biblia y la Tradición, pero, dando prioridad total a la primera:

«Por lo que respecta a los deberes de los corazones, todos ellos se fundamentan en la razón».¹⁷

Y la explicación está en que con la razón podemos lograr, en primer lugar, los fundamentos de nuestra vida religiosa, humana y social; en segundo lugar, el sentido de la Revelación, puesto que se parte de la base de que Dios es un ser racional que no ordena ni revela cosas absurdas. Que si alguna verdad revelada no se nos alcanza su sentido pleno, no es por falta de racionalidad por parte de Dios, sino por la limitación de nuestra capacidad intelectual. Por fin, la Tradición es también racional por dos motivos: porque nos entrega una interpretación razonable de la Revelación y porque con nuestra razón, a su vez, podemos entender la misma tradición. Todo ello explica el que sistemáticamente, Ibn Paqûda proceda en todo el libro de la misma manera: primero asienta el principio que quiere exponer, demostrándolo racionalmente; y luego, confirma lo dicho con textos de la Escritura o de la tradición talmúdica. Por eso, en un acto de autoconfesión, al que luego volveré, concluye claramente así:

«Así, después que hube asentado por medio de la razón, de la Escritura y de la Tradición los deberes de los corazones, empecé a llevarlos a la práctica en mí mismo e intenté conseguir su perfección tanto en el orden del conocimiento como en el de la acción».¹⁸

He hablado, sin dar más explicaciones, de la expresión empleada por Ibn Paqûda «los deberes de los corazones». Es el momento de decir algo sobre ella, pues constituye el segundo punto de la importancia de este autor. El libro *Los deberes de los corazones* supone un esfuerzo serio y

¹⁶ *Los deberes de los corazones*, p. 76

¹⁷ *Los deberes de los corazones*, p. 5

¹⁸ *Los deberes de los corazones*, p. 16

primero en el mundo judío, de llevar a cabo de una forma radical la interiorización de la religión. Si hasta entonces la vida cultural y moral se reducía a aquellos 613 preceptos, Ibn Paqûda quiere, por todos los medios, dar un sentido definitivo a los mismos, arrancando de lo más interior del hombre: de su conciencia, de su corazón. Repetirá hasta la saciedad el «shema' Yisrael» «Escucha Israel, el Señor, nuestro Dios es solamente uno. Amarás al Señor, tu Dios, con todo el corazón, con toda el alma, con todas las fuerzas» (Deuteronomio, 6, 4-6). Es desde el corazón y no desde la exterioridad donde hay que amar al Señor. Probablemente Ibn Paqûda vio el grave peligro de reducir la vida religiosa a puro culto externo, lo cual podía conducir a hipocresía y formalismo cultural. Sobre todo, en aquellos momentos en que la religión oficial era la de un Islam triunfante y poderoso y el judaísmo era solo practicado en privado, en el interior de las comunidades. Era urgente revitalizar la vida religiosa, y ello desde el hondón más profundo de la intimidad de las conciencias. Por eso no duda en afirmar:

«Y llegué al convencimiento de que los fundamentos de los actos que realmente son aceptos a Dios, honrado y ensalzado sea, son los que se realizan con intención recta del corazón y con pureza de las conciencias. De modo que, cuando desaparece esta luz interior, no son aceptados tales actos, por Dios, aunque sean muchos y frecuentes».¹⁹

Así pues, Ibn Paqûda divide, en consecuencia, los deberes del hombre para con Dios en dos clases: los «deberes de los miembros externos» y los «deberes de los corazones». Los primeros son aquellos que se ejecutan con los miembros del cuerpo y que son vistos por los demás que nos rodean, como son, por ejemplo, guardar las fiestas y los sábados, el no robar, el no matar, el enseñar a los demás, el cumplir con determinados ritos exteriores (filacterias, mezuzá, incluso el enseñar a los demás, guardar determinadas fiestas etc...). Los «deberes de los corazones», en cambio, son aquellos que emanan de nuestro interior, de nuestra libertad y que solo Dios los ve: por ejemplo, el reconocimiento de la unidad de Dios, la sumisión a El, la obediencia y humildad ante el Señor, el arrepentimiento por los pecados, el examen de conciencia, el desprendimiento interno del mundo y, como grado máximo, el amor puro a Dios, es decir, todo cuanto expone en su libro.

¹⁹ *Los deberes de los corazones*, p. 18

Ahora bien, el término «corazón» («qalb» en árabe y «leb», en hebreo) tiene una significación muy especial. El corazón es la sede de todos los sentimientos, pensamientos, deseos, decisiones, esperanzas, razonamientos, intimidad más profunda. El corazón no solo siente sino que piensa, no solo ama sino que es el centro de la vida entera del hombre. Por eso la razón está situada según Ibn Paqûda en el centro del corazón, como hemos visto más arriba cuando afirmaba: «Por lo que respecta a los deberes de los corazones, todos ellos se fundamentan en la razón». No estamos en la estratificación platónica de mundo pasional concupiscible situado en lo más bajo de las vísceras y vientre (tò 'epithymētikón), mundo del entusiasmo, valentía y arrojo en el pecho y corazón («thýmo», «thymoeidés»), y mundo del pensamiento y la razón en la cabeza («lógos», «logistikón»). Las tres funciones o almas platónicas se reúnen para los judíos en el centro del corazón, desde el que se vive, siente y piensa.

Por tanto, interiorizar la vida religiosa, dar vida interior a la práctica externa de nuestras relaciones con Dios va unido estrechamente al corazón y, por tanto, a la razón. Pero no a una razón puramente matemática y lógico-discursiva, como nos dijo más arriba, sino a una razón persuasiva, que piensa con argumentos pero también con imágenes, con símbolos, con lo que hoy llamaríamos «sentido común» o «buen sentido».

Que este planteamiento sea nuevo, es consciente Ibn Paqûda y no deja de insistir en ello:

«Cuando me ocupé de nuestra necesidad y obligación de los deberes de los corazones, tal como los hemos expuesto, vi que estaban por completo descuidados y que no había ningún libro que tratase específicamente de ellos. Y vi claro también que la mayor parte de la gente de nuestro tiempo los desconocía tanto en cuanto a ciencia como en cuanto a práctica y acatamiento».²⁰

De ahí pasa Ibn Paqûda a una serie de expresiones que hacen de este libro, estilísticamente, una novedad con respecto a los demás tratados ascéticos y místicos de su época y anteriores. Habla en primera persona, manifestando sus propios sentimientos, dudas, zozobras, decisiones. No se agazapa detrás de un anonimato o de una impersonal exposición. Curiosamente tiene Ibn Paqûda en este sentido un cierto paralelismo con Ibn

²⁰ *Los deberes de los corazones*, p. 14.

Gabirol: este último revolucionó la poesía hebrea que estaba anclada en una métrica rígida y trasnochada imprimiéndole la flexibilidad de los metros árabes, pero, sobre todo, dejó de ser la poesía supuestamente dicha por un pueblo entero, el de Israel, que se dirigía a su Señor, para ser expresión personalísima de las pasiones y sentimientos, sagrados o profanos del propio autor. Lo mismo que Ibn Paqûda en su libro el cual, por este motivo, podría pasar por una especie de autobiografía espiritual. Oigamos algunas expresiones en este sentido, a través de las cuales se adivina su profunda personalidad y el camino y zozobras por las que pasó hasta componer su libro. Ante todo, da la razón de por qué puso por escrito sus hallazgos:²¹

«Así, después que hube asentado por medio de la razón, de la Escritura y de la Tradición los deberes de los corazones, empecé a llevarlos a la práctica en mí mismo e intenté conseguir su perfección tanto en el orden del conocimiento como en el de la acción. Pero siempre que investigaba el contenido de alguno de ellos, se me mostraban otros nuevos que venían a continuación y así sucesivamente, hasta el punto de que el asunto se me amplió de tal manera que se me hizo difícil fijarlo y guardarlo en mi alma. Y, [de todas estas cosas referentes a los deberes de los corazones] temí que se me olvidase lo que había descubierto en mi conciencia y que se me disolviese lo que se había asentado tan firmemente en mi mente, teniendo en cuenta [además] que son tan pocos nuestros contemporáneos que se dedican a estas cosas. Por tanto, decidí dejar todo ésto asentado en un libro y registrado en un escrito, a fin de que contuviera éste los principios, fundamentos y consecuencias [derivadas de tales principios y fundamentos] de los deberes de los corazones. E hice ésto para obligarme a mí mismo a su estudio y puesta en práctica».

Pero a la vez, ve que este escrito que hizo para uso privado, podía aprovechar a los demás:

«Fue entonces cuando tuve la esperanza de que todo esto sería útil a otros e incluso que les llegaría a aprovechar y que les serviría de guía más que a mí. Así que decidí componer un libro sobre este tema, que tratase con detalle de los fundamentos de los deberes de los corazones [...]. Un tratado, en fin, que sirviera de guía para los que comienzan, a la vez que una culminación para quienes se hallan ya en la cima de la perfección».

²¹ *Los deberes de los corazones*, p. 16-18.

Sin embargo, le da miedo la empresa al pensar en su debilidad y se amedrenta, estando a punto de echarse atrás y desistir. Es el hombre sincero que pone en práctica un camino espiritual pero que piensa que va a sobrepasar sus fuerzas al ponerlo en forma de libro. Ibn Paqûda era un hombre sumamente culto, como lo demuestra sobradamente en su libro; pero a la vez, sencillo, modesto, responsable:

«Pero cuando estaba empezando a llevar a cabo este mi propósito y pensaba componer el libro, vi que un hombre como yo no era digno de dedicarme a una tal empresa. Y sentí en mi alma mi indigencia para esta labor y para su total y verdadera terminación, dada mi inferioridad de condiciones, mi falta de saber, el embotamiento de mi comprensión para captar de modo adecuado las ideas, mi falta de corrección y limpieza en el uso de la lengua árabe y de su gramática, con las cuales había de expresar todo esto, a fin de que me entendieran nuestros contemporáneos. Tuve miedo de que, con todo esto, fuera yo un hipócrita y que sobrepasase la justa medida de la sensatez. Así que pensé abandonar la empresa y cuanto había forjado en mi mente».

Pero la idea de que el miedo, a veces, consigue que nadie haga nada y que sea una excusa para no arriesgarse, le hace decidirse finalmente a escribir la obra. No son razones de prestigio personal las que le llevan a coger la pluma sino el miedo a caer en una sutil tentación de inoperancia:

«Sin embargo, al hacer ésto empecé a acusarme a mí mismo de haber preferido la tranquilidad y de haberme abandonado a la inoperancia y vida muerta. Y tuve miedo de que, con el abandono de esta empresa, estuviese satisfaciendo mis deseos personales y cediendo a mi tendencia a la tranquilidad y a la paz, buscando el sosiego y entregándome a la esterilidad e inoperancia. Y me di cuenta de cuántos fracasos acarrea la falsa modestia y de cuánta miseria trae consigo el hecho de ocultar la fe [...]. Con todo esto me di cuenta de que estaba forzando a mi alma a que asumiese la carga de componer este libro y de poner en orden mis ideas. Y ello, mediante las palabras que estaban a mi alcance y las expresiones que me venían a la mente, a fin de que se entendiera lo que quería decir. Del mismo modo, reflexioné en todas las consecuencias que se me podían ocurrir en torno a los deberes de los corazones. Sin embargo, a pesar de todo esto, pensé que no sería exhaustivo ni que agotaría el tema, a fin de no alargar demasiado el libro. Así que decidí hablar de lo más importante de cada uno de los principios de los deberes de los corazones, dedicando un capítulo a cada uno. Pido para ello ayuda al Dios Uno y Verdadero; confío en El y le ruego que me dé

éxito en mi empresa y que me dirija rectamente con su misericordia hacia la ciencia y la práctica, oculta y externa de los deberes, todo lo cual es de su agrado y aceptación».

Una de las características que hace particularmente atractiva la obra de Ibn Paqûda es la forma que tiene de aprovechar, sintetizar, reelaborar y construir su propia actitud y pensamiento a base de elementos de la más diversa procedencia. Sin perder un ápice de su espíritu judío y haciendo un uso verdaderamente admirable de la Escritura y del Talmud (son más de dos mil citas las que hace), incorpora elementos del «zuhd» (ascética) y del «tasawwuf» o sufismo islámico, pudiéndose señalar fuentes muy claras de los mismos, como lo han mostrado G. Vajda, Chouraqui y otros. Por ejemplo, están presentes en mayor o menor grado las *Rasâa'il ijwaân al-safâ Enciclopedia de los Hermanos de la Pureza*, gran obra shiíta, llena de elementos científicos, ascéticos y místicos, la teología mu'tazilita, autores como al-Gazzâlî, Abû Tâlib al-Makkî, muerto en 996 (y su libro *Qût al-qulûb* o *Alimento de los corazones*), Muhâsibî, muerto en 757 (*al-Ri'âya li-huqûq Allâh* o *Vigilancia de los deberes divinos*) y otros autores sufíes como son: Ibn Atâ Jarrâz, Qushayrî, Hasan al-Basrî, Mâlik ibn Dînâr, Muhhammad ibn Wâsi, Sufyân ibn Unayna, Dhû-l-Nûn al-Misrî y otros.

De Grecia, es claro todo lo que toma de autores, citándolos incluso, como Galeno y Euclides. Utiliza con gran soltura la lógica aristotélica y se nota un gran influjo del Aristóteles neoplatonizado al uso en aquellos momentos. Personalmente he tratado también del influjo poderoso que tiene del estoicismo.²² Respecto al cristianismo ya se ha indicado la posible alusión a los Evangelios apócrifos. Pero hay un pasaje que da la impresión de que ha tenido entre sus manos los Evangelios canónicos y que los ha leído. Me refiero al texto donde, hablando de la libertad y predestinación de Dios señala varias posturas: Primera, la de los que defienden la libertad dada por Dios, quedando así Dios libre de responsabilidad. Segunda, la de quienes:

²² J. LOMBA, «El Estoicismo en la literatura moral andalusí», *Medievalita*, 14 (1993), México, p. 26-39; «Ideal de sabio en la literatura de la Marca Superior», *A la Profesora Emérita María Luisa Ledesma Rubio. En homenaje académico*, Departamento de Historia Medieval, Universidad de Zaragoza, Zaragoza, 1993, p. 503-527; «Un aspecto de la moral estoica en el pensamiento andalusí», *Homenaje al Profesor José María Córneas Besteiro*, Granada, 1995, p. 1199-1210.

«Creen que todos los movimientos que acontecen en este mundo, tanto en los seres racionales como en los inorgánicos, ocurren bajo el mandato del Creador, ensalzado sea, movidos por su poder y mandato, no pudiéndose escapar ni despistarse de su control, ni en más ni en menos, aunque se trate solamente del valor de un cabello».²³

Lo cual podría recordar aquello de San Mateo:

«Pues de vosotros, hasta los cabellos de vuestra cabeza están contados».²⁴

Aunque, bien es verdad que el sentido del Evangelio es algo distinto, pues a lo que éste exhorta es a la confianza en Dios.

En fin, Ibn Paqûda, como puede verse, era un hombre totalmente abierto a todo influjo, permeable a cuanto le pudiera servir a su objetivo de delinear lo que debía ser la espiritualidad judía, sin prejuicios, sin a priori alguno que le cerrase las puertas de su espíritu amplio y generoso. Inserto de lleno en la cultura árabe, no solo escribe en árabe sino que emplea la terminología más puramente islámica para designar los contenidos de su propia religión. Así, cuando habla de Dios le llama Allâh,²⁵ cuando habla de Moisés, le llama «rasûl» (enviado) y «nabî» (profeta) que son los términos que el Islam utiliza para designar a Mahoma. Y si habla de la Ley, de la Torá, cuando lo hace en árabe, la señala con el término «sharî'a» que es el utilizado para la ley islámica. Y lo mismo se diga de la palabra «tawhîd» que es la específica del Islam para hablar de la unidad y unicidad de Dios en el marco del monoteísmo musulmán. Todo ello, sin contar con la multitud de términos técnicos ascéticos y místicos islámicos que emplea. Cuanto se ha dicho en este sentido no es sino una muestra más, no solo del espíritu abierto de Ibn Paqûda, sino de la manera que el judío tiene de insertarse de lleno en la cultura donde nace y vive, sea la árabe, la latina, la alemana, inglesa o polaca, en las cuales habla y piensa en el idioma y categorías mentales que le han tocado en suerte.

²³ *Los deberes de los corazones*, p. 121.

²⁴ *Mateo*, 10, 31

²⁵ Es una costumbre bastante absurda la que tenemos los occidentales de llamar Alá o Allâh al Dios del Islam, en lugar de traducir este término por simplemente «Dios» que es lo correcto. Esto es tan sin sentido como decir que los franceses creen en Dieu, los ingleses en God y los alemanes en Gott.

Por fin, no quisiera terminar este breve bosquejo de la persona de Ibn Paqûda y de su obra sin ofrecer dos bellísimos grupos de textos que precisamente señalan los dos puntos que, en terminología cristiana posterior, corresponderían a la «vía purgativa», la ascética, y a la «vía iluminativa» o vía del amor y del camino místico. Todos estos textos, elegidos de entre otros muchos, son representativos de la actitud y talante de Ibn Paqûda y de su proximidad con el mensaje cristiano posterior de los grandes autores espirituales como Alonso Rodríguez, Luis de la Puente, Fray Luis y tantos más:

«El asceta es un hombre que tiene la alegría en su rostro y la tristeza en su corazón. Su pecho es grande en generosidad pero su alma se tiene en poco. No guarda rencores ni envidias. No habla mal de los demás ni es chismoso. Odia los honores, aborrece el renombre. Es grave de semblante, paciente, agradecido, muy pudoroso y no sabe ofender [...]. Pregunta para aprender. Su ciencia es inmensa; su humildad enorme; sus decisiones, firmes. Ni se precipita en la acción ni se comporta como un necio. Es cortés en las discusiones y noble en las respuestas que da. Es justo cuando se enoja, generoso cuando algo se le pide, sincero en los afectos, fiel en los pactos y promesas que hace. Se contenta con lo que Dios dispone. Es señor de sus pasiones.[...]. Es sumamente agradecido, aunque le sobrevengan desgracias, y en extremo paciente en los contratiempos. Si algo se le pide, lo da; si se comete contra él una injusticia la perdona; si se le priva de algo, es generoso; si los demás le apartan, él se acerca a ellos. [...]. Cuando ve algo que está bien, lo publica; pero, en cambio, cuando encuentra algo que está mal hecho, lo disimula. Es un hombre que está contento con su suerte y que es honrado, puro e inteligente. Su trato es agradable y sus ausencias se sienten profundamente. La ciencia que tiene le purifica y su buen juicio le sirve de adorno. Es un acicate para el que piensa y un maestro para el ignorante. Cualquier esfuerzo que se hace es, para él, más puro que los suyos propios y cualquier alma, ante sus ojos, es más santa que la suya. Conoce sus defectos y recuerda bien sus pecados. Ama a Dios y busca el complacerle. No se venga de lo que se le hace ni persevera en su cólera. Se trata con los que le recuerdan sus deberes; se sienta con los pobres; es amigo de los que son sinceros; es fiel con los verdaderos amigos; es la ayuda del desposeído; es padre para el huérfano, protección para la viuda y refugio para los pobres».²⁶

Y después de esta bellísima descripción, de la que solamente he entresacado algunos fragmentos, estas otras referidas al amor a Dios y que se

²⁶ *Los deberes de los corazones*, p. 293.

encuentran en el último capítulo de la obra. En primer lugar, comienza definiendo así el amor a Dios el cual consiste en:

«Un dedicarse por entero y un desear el alma, desde su misma esencia, a Dios, ensalzado y honrado sea, con el fin de unirse [estrechamente] a su Luz Altísima».²⁷

Y esta es la meta última que tiene todo creyente:

«Es el máximo grado y supremo rango a que pueden llegar los hombres dedicados a la sumisión a Dios [...]. Debes comprender y saber, hermano mío, que todos los deberes de los corazones, excelentes cualidades y honorables virtudes del alma que hemos mencionado antes en este libro, no son sino peldaños y escalones para llegar al tema culminante que ahora pretendemos explicar en el presente capítulo».²⁸

Pero Ibn Paqûda añade una condición indispensable al amor a Dios, la del temor:

«Es necesario que el temor vaya por delante del amor a Dios, porque aquel es el fin y meta última de la ascesis, a la vez que constituye el último peldaño y la mejor y principal puerta que conduce al amor de Dios. El hombre no puede llegar a este amor si no va siempre por delante del temor y respeto a Dios, ensalzado sea. Por eso hemos puesto el capítulo de la ascesis antes que éste: porque no se podrá afianzar sólidamente en nuestros corazones el auténtico amor a Dios, mientras nos domine el amor del mundo. Cuando el corazón del creyente se desnude del amor mundano y se limpie de pasiones (mediante el discernimiento y la comprensión), entonces el amor de Dios se apoderará de su corazón y arraigará en su alma».²⁹

Y, tras analizar las diversas clases de temor de Dios (por ejemplo, la del que tiene miedo a los castigos que le sobrevengan o a los premios de que se vea privado), expone la óptima forma de temer al Señor:

«La otra especie es la del temor respetuoso que lleva a enaltecer y engrandecer el poder de Dios, ensalzado y honrado sea. Este temor no lo deja ni abandona el hombre durante toda su vida. Es el grado más alto

²⁷ *Los deberes de los corazones*, p. 308.

²⁸ *Los deberes de los corazones*, p. 307.

²⁹ *Los deberes de los corazones*, p. 308.

de los temerosos de Dios, ensalzado sea, a los cuales califica el Libro con el término “temor”». ³⁰

Y es entonces, cuando llegados a esta meta suprema de respeto al Señor, se tiene el más puro y perfecto amor:

«Es entonces cuando apura la copa del amor a Dios, ensalzado y honrado sea, dedicando por entero a El la pureza de su intención, amándolo, abandonándose en sus manos y anhelándolo vivamente. En ese momento no le ocupa otra cosa que el dedicarse a someterse a El, no consagra sus ideas ni piensa en nada que no sea El, no mueve ningún miembro de su cuerpo si no es para agradecer a Dios, no suelta su lengua sino para recordarle, alabarle, darle gracias y adorarle, con amor y anhelando tenerlo contento. Si le colma de favores, le da las gracias; si le proporciona desventuras, lo soporta con paciencia. De esta manera, va aumentando su amor y deseo de agradecerle, abandonándose por completo en sus manos, como se dice de un hombre virtuoso que, durante la noche, solía decir: “Dios mío, me has dado hambre y desnudez y me has dejado abandonado en las tinieblas de la noche. ¡Por tu gloria y majestad!, aunque me abrasases con fuego, lo único que conseguirías es que aumentasen mi amor por Ti y mi gozar en Ti”». ³¹

Y, por fin, una descripción similar a la de los ascetas, pero ahora referida a los que han llegado a la cima del amor a Dios es la que aparece en el mismo capítulo décimo en el que entre otras cosas dice de estos tales:

«Es tal el conocimiento que tienen de Dios, ensalzado sea, que le sirven como si estuvieran con los santos ángeles en los cielos. Sus pasiones se han derretido en sus corazones y el deseo de placer se les ha aniquilado, porque están embriagados del anhelo de servir a Dios, ensalzado sea, y les ha penetrado hasta el fondo el amor a Dios. Se ha apagado el fuego de la pasión en sus corazones y su ardor se ha consumido en sus interiores, porque se han revestido con la grandiosa luz de la sumisión de Dios, ensalzado y honrado sea. Les ha ocurrido como a las lámparas cuando el sol aparece durante el día. Se humillan ante su Señor, con respetuoso temor y confiesan su poquedad. Le acatan, sometiendo a El sin considerar su poca valía personal. Podrás apreciar que estos tales, cuando se les trata, son modestos; cuando se les habla, son sabios; cuando se les pregunta, doctos; cuando se les injuria, mansos. Verás sus rostros invadidos de luz. Y si descubrieses por entero sus co-

³⁰ *Los deberes de los corazones*, p. 316.

³¹ *Los deberes de los corazones*, p. 309.

razones, los verías quebrantados ante Dios, conversando continuamente con El, liberados de los afanes del mundo. Sus corazones se han llenado del amor a Dios. No desean hablar con los hombres ni encuentran placer alguno en conversar con ellos. Se han apartado del camino peligroso y han seguido el mejor sendero. Gracias a ellos se alejan los castigos y las nubes cubren los cielos. Gracias a ellos, cae la lluvia para regar a las gentes y a los pueblos. Han apartado sus cuerpos de lo prohibido, han retirado sus manos de la excesiva variedad y abundancia de alimentos, han alejado sus almas de lo pecaminoso, han seguido el camino de la rectitud, han abierto su lecho a la justicia, han conseguido el rango más excelente gracias a la paciencia con que han soportado unos pocos días de vida. Así mismo, han ganado ambas mansiones, han acumulado ambos bienes y han conseguido las dos excelencias, la de esta vida y la de la otra, como dice el Libro: “Dichoso quien respeta al Señor y es entusiasta de sus mandatos”(Salmos, 112, 1)».³²

Este es Ibn Paqûda y esta es una breve reseña de su bella y gran obra, una de las que, sin duda, debería figurar entre las principales de la historia de la espiritualidad universal. Y no solo judía, sino también islámica y cristiana. Islámica porque se trata de una traducción de lo musulmán a lo judío sin perder absolutamente nada ni de lo último ni del valor de los elementos que toma del Islam. Cristiana, porque, como puede verse (y todavía habría muchos más puntos que señalar) las coincidencias son numerosas y sorprendentes. Y, finalmente, a todos nos importa mucho esta obra, porque, Judaísmo, Cristianismo e Islam son tres formas de monoteísmo que tienen puestos sus ojos en la tradición abrahámica y que, por tanto, nada de lo que uno hace puede ser indiferente al otro, máxime, cuando en Ibn Paqûda se da tal coincidencia de puntos de vista. Es una lección para un mundo como el nuestro de vísperas del siglo XXI en que luchamos por un ideal de tolerancia y amor a la vez que padecemos las intolerancias más radicales de todo tipo.

³² *Los deberes de los corazones*, p. 322.